

menos justificar con sus actos el favor que se les conceda—replicó el Marquesito.

—No olvidéis, señor mío—dijo hoscamente el primer Ministro,—que si llegáis demasiado tarde, M. de Saint-Agnan se hallará preso, y vos seguiréis su misma suerte. Y os advierto que las cárceles españolas no tienen nada de agradables. Sin contar con que de ese modo no hallaréis vuestro despacho de mosquetero.

El Marqués hizo ante Dubois una pirueta tan cómica, que el Regente soltó la carcajada.

—Perded cuidado, señor ministro: llegaré á tiempo. ¡Así lleguéis vos con tanta oportunidad al arzobispado, para pedirnos vuestra bendición archiepiscopal á la vuelta!

—¡Callaos, Chaverny! ¡Si le animáis así, va á pedirme también el capelo cardenalicio!

Dubois los miró á los dos con el aspecto socarrón que solía tomar de vez en cuando, y su boca burlona dibujó una sonrisa. Precisamente era el capelo lo que ambicionaba en el fondo de su corazón. No creyó, pues, prudente objetar nada, y salió sin decir palabra para cumplir las órdenes del Príncipe.

Dos horas después, habiéndose puesto de acuerdo con su prima la Duquesa viuda, Chaverny salía de París seguido de un solo criado, y tomaba á rienda suelta por la carretera de España.



III

Correo regio.

Felipe de Orleans no solía descuidar sus placeres por los negocios del Estado; pero en aquellos momentos la situación era grave.

Aquella misma mañana habían sido embargados y sellados los papeles del marqués de Cellemare á presencia de los ministros Dubois y Leblanc, un piquete de mosqueteros custodiaba la embajada de España, y el Embajador quedaba como preso en su palacio. Muchos personajes complicados en el complot habían desaparecido, y se vigilaba como sospechosos á los cardenales de Bissi, de Polignac y de Rohan. El Regente, amenazado de ser secuestrado y privado del poder, se decidió á pensar en cosas serias.

El clérigo Dubois le aconsejaba enviar un correo especial á Madrid á M. de Saint-Agnan,

todo hacía prever que su misión iba á cumplirse admirablemente. Apenas empleó seis días en su viaje de París, y hallábase ya á pocas leguas de la corte española. Era poco tiempo, pero más del que se necesitaba para que los sucesos tomaran un giro inesperado en una situación tan tirante como la que atravesaban las relaciones de ambos países.

Alberoni no sabía nada de lo acaecido en París y del descubrimiento del complot; pero una frase mordaz de Saint-Agnan estuvo á pique de causarle el perjuicio que le habían causado el conocimiento de los acontecimientos parisinos.

Felipe V era hidrópico; la muerte parecía cercirse sobre su cabeza, y el miedo le obligó á dictar á toda prisa su testamento, por el cual dejaba la regencia á la Reina Isabel y al Cardenal Alberoni. España no perdía nada con la muerte del primer Borbón; pero ¿qué hubiera llegado á ser bajo el gobierno intrigante de Isabel Farnesio y del hijo del hortelano de Plasencia? De todos modos, la cosa estaba hecha, y el embajador de Francia no pudo contenerse, y expresó su opinión diciendo á alguien:

—Podría acontecer con esas disposiciones testamentarias como con las de Luis XIV.

Y ese alguien repitió inmediatamente la frase al Cardenal Alberoni, que, enojado, tanto para

vengarse de Saint-Agnan como para molestar al Regente, invitó á los duques á salir de Madrid en las veinticuatro horas siguientes. Y aun, pareciéndole, sin duda, largo el plazo, á la próxima mañana envió un exento al Embajador para intimarle á ponerse en camino.

¡Qué no hubiera dado Alberoni aquella noche misma por tener en su poder á aquel embajador á quien despidió con tal priesa!

Hallábase ya Chaverny á la vista de Madrid, cuando vió venir hacia él una carroza escoltada por un caballero que trotaba á la portezuela y seguida por varios criados. Sin duda, algún noble español que regresaba á sus Estados.

Al acercarse su sorpresa fué grande; reconoció en el jinete al embajador de Francia.

—¡Por vida mía, caballero!—dijo el Marquésito saludándole sombrero en mano—Me ahorráis una buena parte del camino, y os ruego que aceptéis mi agradecimiento por ello.

Esta manera singular de entrar en materia no dejó de sorprender al Duque, sobre todo al oírle expresarse en correcto francés. La misma Duquesa asomó la cabeza por la ventanilla. El Marqués la saludó con su habitual elegancia, y ella preguntó:

—¿Quién sois, caballero?

—El marqués de Chaverny, bella señora.

el momento, correo extraordinario de Su Alteza el Regente de Francia, encargado de una comunicación que creo ha de interesar muchísimo al señor Duque.

—¿Tenéis un pliego para mí?

—No, señor; mis órdenes son verbales: lo que quiere decir que son bastante serias, y que si no hubiera llegado, nadie habría podido transmitirlos. Pero ya no tengo nada que hacer en Madrid, puesto que os hallo aquí, y después de pedir os permiso para acompañaros, me permitiréis que os pregunte adónde vais.

—Pues á París—contestó la Duquesa.

—¿Habéis sabido algo? Precisamente venía encargado por monseñor el Regente para rogaros que salierais de España sin perder momento.

El Embajador estaba en brasas.

—Explicaos, por favor, caballero. ¿Qué tenéis que comunicarme?

—No conviene que vuestros criados se enteren. ¿Queréis que nos adelantemos un centenar de pasos?

É inclinándose hacia la portezuela, añadió galantemente:

—Dignaos dispensarme, señora. No tardaréis mucho en conocer este pequeño secreto de Estado.

Los dos jinetes galoparon un instante, y en cuanto hubieron tomado alguna delantera exclamó el Marqués á quemarropa.

—Á estas horas el príncipe de Cellemare ha sido preso.

El Duque dió un salto en la silla.

—Y venía á advertiros que salierais inmediatamente de Madrid, por temor de que en represalias os encerraran en alguna prisión de Estado.

Saint-Agnan olvidó que era diplomático, y soltó la carcajada.

—¡Alberoni ha quedado burlado!—dijo.—Él mismo es quien me ha obligado á irme. ¡Bien lo sentirá luego! Pero ¿por qué ha sido preso Cellemare?

El Marquesito le contó en breves palabras el complot.

—¡Algo sopechaba yo! Sin embargo, han guardado muy bien el secreto en Madrid.

—La Bastilla va á tener muchos huéspedes.

Y relató cuanto sabía de la conspiración. El Embajador era todo oídos. Cuando hubo satisfecho su curiosidad le preguntó Chaverny:

—Y ahora, caballero, ¿queréis permitirme que os interrogue?

—Hablad.

—¿Habéis oído hablar en Madrid en estos últimos días del caballero de Lagardère?

—No.

—¿Ni de Mlle. de Nevers y de una joven que la acompaña?

—Tampoco.

—¿Ni del príncipe de Gonzaga?

—Que yo sepa, ningún francés ha llegado á Madrid hace más de una semana. ¿Sería indiscreto preguntaros por qué me hacéis tales preguntas?

—Os lo contaré minuciosamente más tarde, si tenemos tiempo. Esto es una cuestión aparte de mi misión oficial.

—¡Felipe de Mantua, el amigo del Regente! ¿Qué vendrá á hacer en España?

—Felipe de Mantua no es ya amigo de Su Alteza. Es un felón, desterrado del Reino. Pero al escaparse se ha llevado una presa: Aurora de Nevers. El caballero de Lagardère le persigue para arrancarla de sus manos.

—¿Qué me decís?

—Solamente una parte de lo ocurrido. Pero apresurémonos. Pueden perseguiros dentro de pocas horas, é importa que pongáis la frontera entre vos y Alberoni.

Cien pasos más adelante la carretera formaba un recodo, y al llegar vieron venir en dirección contraria un grupo de caballeros que llegaban á todo galope. Chaverny echó mano á la espada,

—¿Qué os sucede?—preguntó Saint-Agnan.

—¡Es Gonzaga!—repuso el Marquesito con voz sorda.—¡Sin duda vamos á arreglar aquí mismo nuestra cuenta! Os ruego, señor Duque, que continuéis sin mí y á todo escape vuestro camino; no debo retrasar un instante vuestra marcha.

—¡No será así!—replicó el Duque.—Como Embajador, os debo ayuda y protección en tierra española; como caballero, no puedo permitir que luchéis sólo contra todos esos; y como amigo, suceda lo que suceda, os ofrezco el apoyo de mi acero.

—No tengo que habérmelas más con uno: con Felipe de Mantua.

Las dos tropas sólo se hallaban ya á diez ó doce pasos. Gonzaga y sus secuaces lanzaron unánimemente una exclamación de sorpresa:

—¡Chaverny!

—¡Sí, Chaverny!—exclamó éste.—¡Chaverny libre, y que no es ya de los vuestros, porque ha sacudido el yugo de Gonzaga! Lo mismo debierais hacer vosotros, caballeros.

Elevóse un murmullo, y el Marquesito se irguió en los estribos insolente y altivo.

—¡Y la espada de Chaverny la hallaréis muy pronto al lado de la de Lagardère!—añadió.

Su voz vibraba con sonoridades metálicas. Gonzaga rechinaba los dientes.

—¡Plaza, Marqués! ¡Voy á saludar al señor Embajador!

—M. de Saint-Agnan no tiene que recibir tus saludos: sabe quién eres y lo que vales.

El Príncipe y los *enrodados* sacaron los aceros; el Duque los imitó.

—¡Todos quietos!—exclamó Chaverny.—Tengo que hablar con Gonzaga, con él sólo, y que nadie se mezcle en nuestra conversación, aunque tengamos que terminarla con las espadas.

—¡Plaza!—rugió el desterrado frenético de rabia.

—Hablemos antes—repuso con frialdad el Marqués.—Dime, primo: ¿no has hallado en tu camino á Lagardère? ¿No sabes dónde está?

—¡Lagardère ha muerto, y tú vas á reunirte con él!

—¡Lo dudo! ¡No eres tú el llamado á matarme! Por lo que respecta á Lagardère, si hubiera muerto, tú no vivirías, pues tu vida ha de extinguirse antes que la suya. ¿Qué has hecho de Mlle. de Nevers y de doña Cruz? ¿Te las ha arrebatado el caballero.

—¡Eres demasiado joven para pedirme cuentas, Marqués!—contestó el Príncipe consorna.—Si no me compadeciese de tu juventud y desdénase la soberbia insana que te hace rebelarte

contra tu bienhechor, ya te hubiera atravesado el cuerpo con mi acero.

Chaverny palideció de rabia.

—Es verdad que soy joven—replicó;—pero mis hombros no se han encorvado, como los tuyos, al peso de la vergüenza y de la deshonra. Nunca seré ni conspirador, ni traidor, ni vil, ni asesino, y tú eres todo eso. ¿Quiéres pasar? Pasa; tienes el camino libre. Otro tunante, aunque no tan encanallado como tú, Alberoni, te aguarda en la Corte. Puedes decirle de parte del Regente y de la mía que Cellemare está preso en la Bastilla y que M. de Saint-Agnan está fuera de su alcance. ¡Ve, y ofrécele contra Francia tu espada manchada y envilecida!

—¡Calla, calla, Marqués!—aulló Felipe lívido de rabia y precipitándose contra Chaverny.

Felizmente, éste conocía á su primo y, sabiendo como las gastaba, hallábase en guardia. Los aceros chocaron, brotaron chispas, y en breve la espada del Príncipe voló de sus manos, yendo á caer en la cuneta. Nocé desmontó para recogerla.

—Para vosotros, señores—continuó, dirigiéndose á los *enrodados*,—aún es tiempo de volver grupas. De parte de Francia tenéis el perdón y la honra. Dejad á ese hombre que siga su camino fatal: si le acompañáis, solamente obtendréis vergüenzas.

Lanzó este supremo llamamiento á los nobles sentimientos que podían albergar todavía los pechos de sus ex-compañeros; pero no fué escuchado. Entonces, envainando tranquilamente la espada, desdeñoso y altivo, añadió:

—Voy en busca de Lagardère. Dondequiera que hayas ocultado á tus prisioneras, nosotros dos las hallaremos; y si es Peyrolles su carcelero—lo que me hace suponer no verle aquí con vosotros,—encontraréis su esqueleto colgado del árbol más próximo al lugar donde esté. En cuanto á vuestras víctimas, os juro que no caerán de nuevo en vuestras garras.

Y extendiendo el brazo en dirección á Madrid, terminó:

—¡Pasad, señores, y buen viaje! El Sol de Francia no os alumbrará más!

Á no hallarse presente el Embajador, la cosa hubiera acabado de otro modo, y tal vez Chaverny pagara con su vida su temeridad y sus insultos.

Sus revelaciones concernientes al arresto en París del Príncipe de Cellemare causaron al Felipe el efecto de un mazazo en la cabeza. Los *enrodados*, además, sin una orden terminante de su jefe y señor, no querían hacer armas contra el que tanto tiempo fué su amigo y camarada, á quien conservaban estimación y cuya bravura admiraban. Sin embargo, el amo los había

envilecido á tal punto, que ninguno osó enarbolar el primero la bandera de la rebelión para alinearse con el Marquesito. Montaubert estuvo á punto de hacerlo: todos le hubiesen seguido; pero se contuvo. Prefirieron continuar como perros detrás de Gonzaga, y desfilaron ante los viajeros con fingida altanería y sin bajar la frente.

—¡Ahora, adelante!—exclamó Chaverny dirigiéndose á sus nuevos compañeros de ruta.—¡Mucho me sorprendería que no nos persiguieran muy en breve!

M. de Saint-Agnan se inclinó para abrazarle; la Duquesa le tendió su blanca mano, que él besó respetuosamente.

—¡Una locura—dijo,—pero sublime!

—Justicia nada más—rectificó el Marqués.—Cuando se tropieza con una víbora, se le aplasta la cabeza; pero en el caso actual yo no podía hacerlo. La vida de mi primo pertenece á Lagardère.

No podían pensar en llegar aquella noche á la frontera, aunque apenas se detuvieron media hora para descansar en un mesón, y á escape reanudaron la marcha, decididos á no interrumpirla ni para dormir.

Para hacer menos larga la velada, Chaverny contó minuciosamente todo lo concerniente á Gonzaga y á Lagardère, transportando á sus

oyentes de entusiasmo con su verbo cálido y vibrante. La Duquesa era muy bella, y las lágrimas de ternura que se deslizaban por sus mejillas hermoseábanla más: con frecuencia interrumpía al narrador para aclarar algún punto ó para elogiarle por su valor, su hidalguía y su modestia.

Llegó el día. El Sol magnífico de los inviernos españoles apareció en el horizonte. La iglesia de Santa María de Tolosa perfilaba su torre en el disco de oro. Dentro de dos horas estarían en la frontera.

De pronto oyeron vivo galope tras ellos, y á un tiro de fusil vieron llegar á escape seis *alguaciles*. Eran doce al salir de Madrid; pero la mitad quedaron en el camino sin cabalgaduras: habían reventado los corceles. Llevaban á M. de Saint-Agnan la orden de retroceder á la capital, dada por Alberoni. El Embajador la leyó, y sonrió con desdén.

—Id á decir al Cardenal que no tengo órdenes que recibir de él, y que obedezco las que emanan de Su Alteza Real el Regente de Francia.

—Las nuestras—contestó el alguacil mayor—nos prescriben impedirnos pasar la frontera, aunque tengamos que apelar á la fuerza.

Al mismo tiempo que M. de Saint-Agnan Chaverny desnudó su acero. Los criados empuñaron también los suyos.

—¡Probadlo!—dijo el Duque.

Los alguaciles se habían colocado á lo ancho de la carretera, impidiendo el paso á la carroza y á los caballeros.

—¡Os intimo por última vez que dejéis el paso; de no, vamos á atacaros!

Ni respondieron ni se movieron, dispuestos á recibir el choque.

—¡Plaza!

—¡Atrás!

De pronto la Duquesa descendió del coche con una pistola en cada mano, y disparó casi simultáneamente dos tiros: el alguacil mayor cayó con la cabeza destrozada; un caballo del otro alguacil, herido, arrastró á su jinete camino de Madrid, haciéndole perder los estribos; otro fué atravesado por el acero de Chaverny, y los demás juzgaron prudente no oponerse al paso de los viajeros.

—Voy á repetiros vuestro elogio, señora—dijo el Marqués, ayudando á la dama á volver á la carroza:—lo que habéis hecho ha sido una locura, pero sublime.

—Besad la mano asesina, caballero—repuso ella, más complacida por el elogio que por su acción.

Pronto llegaron á Hendaya, y la Duquesa manifestó deseo de detenerse para descansar. Lo

necesitaba tanto más, cuanto que, sobre la fatiga de aquel largo viaje aceleradísimo, habíase efectuado la reacción de su ánimo después de la lucha con los alguaciles. Dígase lo que se quiera, la mujer no ha nacido para matar, y las Juanas de Arco son excepciones raras. Mad. de Saint-Agnan obedeció á un impulso provocado por una chispa de amor propio, deseando aparecer valiente ella también ante el que tan audaz se había mostrado algunas horas antes. Así, en cuanto volvió á su carroza no dejó de pensar en el pobre diablo á quien con su pistoletazo, que quizás no era mortal, envió á romperse la cabeza contra las rocas. Y este pensamiento la persiguió hasta que pisó suelo francés.

—Señora—le dijo entonces el Marqués,—permitidme que me despida de vos, deseándoos el más feliz viaje. Nunca compañía alguna me fué más grata que la vuestra; pero las mejores cosas, ¡ay!, se acaban en este mundo.

La dama arrugó la frente, y sus ojos se velaron un instante.

—Caballero—suplicó con una mirada tan dulce que no había posibilidad de resistirla,—¿queréis concederme una gracia?

—¿Cómo podría negarme á ello, señora?

—No llegaremos á Bayona hasta esta tarde al oscurecer: no os separéis de nosotros antes de

esa hora. Y, después de todo, ¿por qué no volvéis á París con nosotros?

—Porque tenía dos misiones que cumplir, señora: poner en salvo al señor embajador de Francia y á su esposa, ya felizmente cumplida, y de la cual dará cuenta á Su Alteza el mismo M. de Saint-Agnan.

—¿Y qué más?

—La otra me es casi personal, aunque ha recibido la sanción del Regente.

—¿Y consiste?...

—En averiguar el paradero de Mlle. de Nevers y de su prometido Enrique de Lagardère. Tengo ocho días para mis pesquisas. ¿Me pedís uno? Concedido con gusto, señora. Mañana espolearé á mi corcel.

—¿Volveréis después á París?

—Dentro de una semana se habrá declarado la guerra, y tengo que tomar mi puesto en las filas.

—Confío en que la guerra sea muy corta. España no la resistirá mucho. ¡Cuidad vuestra vida, Marqués, que es muy cara á vuestros nuevos amigos!—dijo el Duque estrechándole la mano.

La jornada deslizóse muy breve para el Embajador y su esposa; algo larga para el Marqués, que ardía en deseos de averiguar el paradero de su adorada Cruz.

—¡No os olvidéis, por favor, de venir á visitar-nos en cuanto regreséis á París!

—¿Puedo hacer algo por vos?—preguntó la Duquesa.

—Rogad al Cielo, señora, que Aurora de Nevers sea pronto condesa de Lagardère, y que yo encuentre á doña Cruz.

—Y la hagáis marquesa de Chaverny; ¿no es así?

—Lo habéis adivinado, señora: contad con mi agradecimiento.

—Rogaré también por que seáis algo menos audaz, y porque las espadas se desvíen y no hieran vuestro cuerpo. ¡Hasta la vista, caballero! Dadnos lo más pronto posible nuevas de vos.

Después de varias otras protestas de amistad el Marqués partió á galope, y la Duquesa, dama honrada y digna, quedóse mirando al caballero hasta que su sombra se perdió en el horizonte.



V

Un aguador.

Chaverny calculó que debía tomar otra dirección, puesto que Lagardère no estaba en Madrid, según casi se lo aseguró el Embajador, ni tampoco las doncellas, á juzgar por lo que deducía de haber visto á Gonzaga y sus secuaces sin ellas ni Peyrolles. Había, pues, que buscar por otra parte. Pero ¿hacia dónde? ¿Á Oriente, ó á Occidente? ¿Por Aragón, ó por Castilla la Vieja? No es más fácil hallar á una persona en una nación que una aguja en un pajar.

Además, el Marquesito tenía dos contras: no disponer de semanas ó meses, sino de contados días, y conocer imperfectamente el castellano. Con frecuencia preguntaba á los campesinos, y no entendía sus respuestas. Fióse, pues, al azar de su inspiración, y se dirigió á la derecha, hacia